



El monasterio de Batuecas antes de su reconstrucción.

Monasterio de Religiosas Carmelitas de San José del Monte, de Las Batuecas (Salamanca)

ARQUITECTOS: LUIS MENENDEZ PIDAL
JOSE MENENDEZ PIDAL



El proyecto que ahora publicamos, de reconstrucción del antiguo Monasterio de PP. Carmelitas Descalzos de San José del Monte de Batuecas, para adaptarlo a las necesidades de la MM. Carmelitas Descalzas, corresponde al año 1942, en cuya fecha dieron comienzo los trabajos, hasta que fueron suspendidos por falta de medios económicos para proseguirlos; realizando entonces la Comunidad, por su iniciativa, una instalación provisional, con el fin de habilitar las obras realizadas, ya que el alojamiento que hasta entonces tenía era deficientísimo, pudiendo así esperar mejores tiempos en que, allegados los necesarios auxilios económicos, puedan continuar las obras hasta su total terminación.

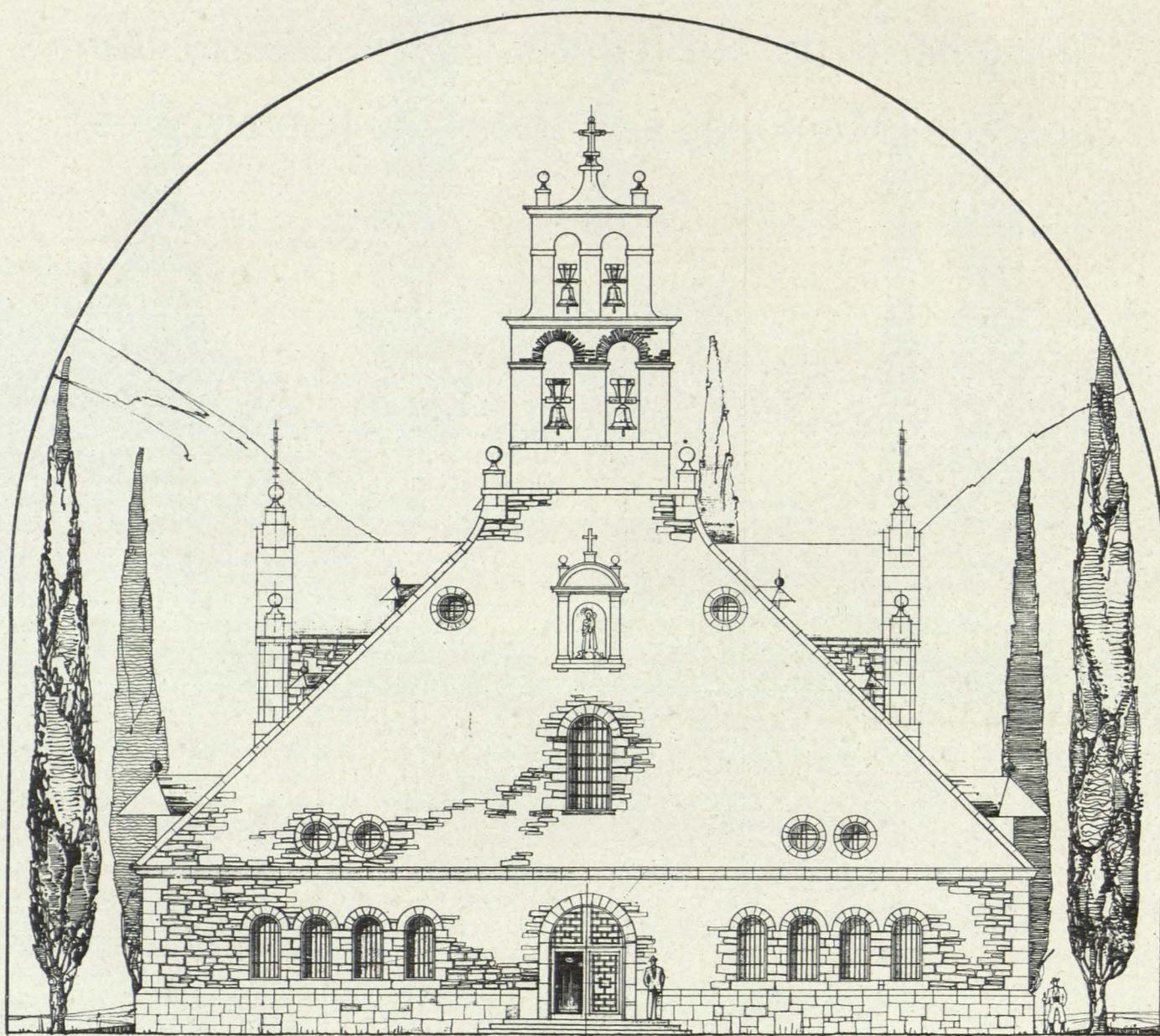
Tanto nuestro proyecto como las obras realizadas en Batuecas tuvieron y siempre tendrán los más íntimos y emocionados recuerdos, ya que allí nuestra labor profesional va unida a la santa memoria de nuestra hermana, que en aquel desierto ofrendó su vida a Dios, reposando sus restos en el cementerio del Monasterio.

Estas especiales circunstancias de ánimo nos desvían del camino de la técnica, que sería el propio de la revista profesional en que se publican estas notas; basten pues, los planos y detalles trazados entonces para ilustrar estos recuerdos, prefiriendo ahora evocar los encantos emocionales de aquel lugar, tan admirablemente descritos por D. José María Cuadrado en su obra "España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia" (1).

Valle célebre a fuerza de considerársele como ignorado, y sinónimo de salvaje y apartada tierra, era ya en aquella estación punto menos que inaccesible; y al doblar la cumbre que lo separa de la Alberca, de media legua de subida y legua y media de bajada, hacían parecer mayor su profundidad la cerrazón de las nubes de vez en cuando surcadas por siniestro rayo, y el fragor del trueno que retumbaba por sus cavidades. Las encrespadas cordilleras, que gradualmente asoman perdiéndose en lontananza, se confundían entonces en una monótona oscuridad; y enfrente y a los lados, según descendíamos por la pedregosa senda, pendientes cuevas iban estrechándonos el horizonte y comprimiéndonos a la vez el corazón. En vano desde una cruz de piedra puesta



(1) Salamanca, Avila y Segovia, págs. 248 a 253.

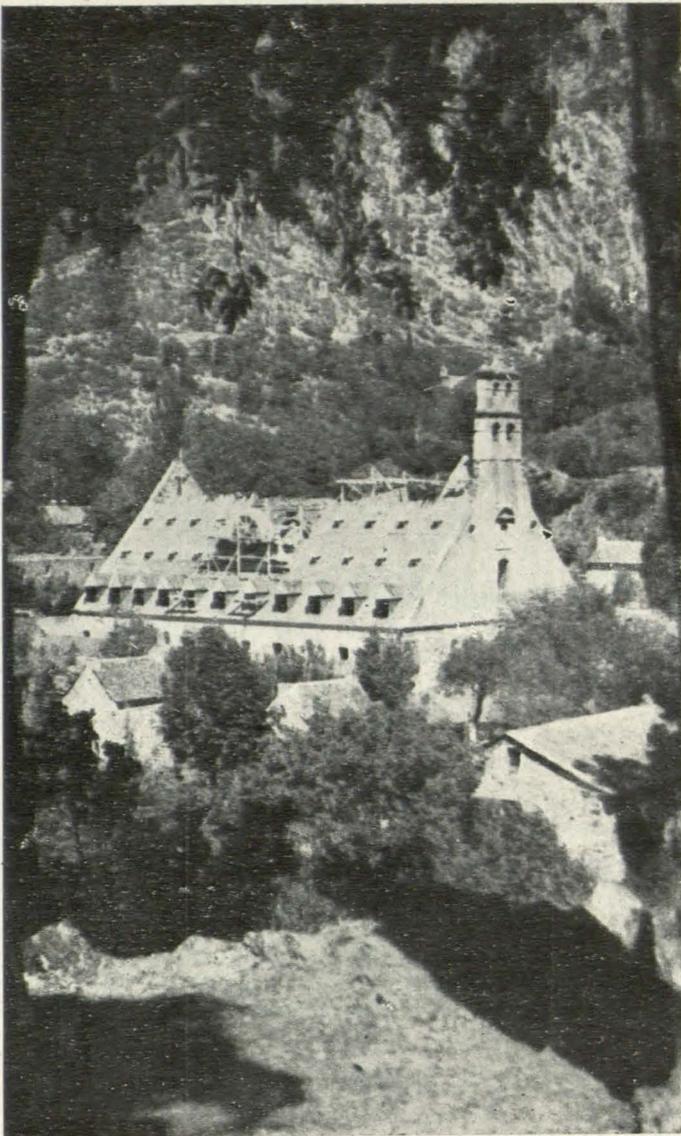


Fachada principal.



Ruinas del antiguo monasterio de Bañuecas, antes de su reconstrucción.

hacia la mitad del camino se esforzaba nuestro buen guía para mostrarnos en el fondo de la sima la vega y el convento; apenas si la niebla nos permitía entrever una dudosa mancha verde, hasta que el ruido siempre creciente del riachuelo, aumentado en aquellos días con cien arroyos y el de los cedros, cipreses y castaños agitados por el viento nos anunciaron la proximidad del nido oculto en aquella fresca espesura. Los extraños y confusos rumores y el tétrico colorido de los objetos parecían confirmar a la sazón las medrosas consejas que en otros tiempos alejaban del sitio a los pastores, suponiéndolo morada de malignos espíritus cuyas voces y espectros se figuraban discernir, antes que los conjurara la erección del sagrado edificio; pero al través de su fúnebre veio accidental, sonreíamos aún y nos representaba ideas más apacibles y más conformes a su religioso destino aquella soledad tan amena en aguas, tan lozana e imponente en vegetación.



Vista de conjunto del Monasterio durante las obras.

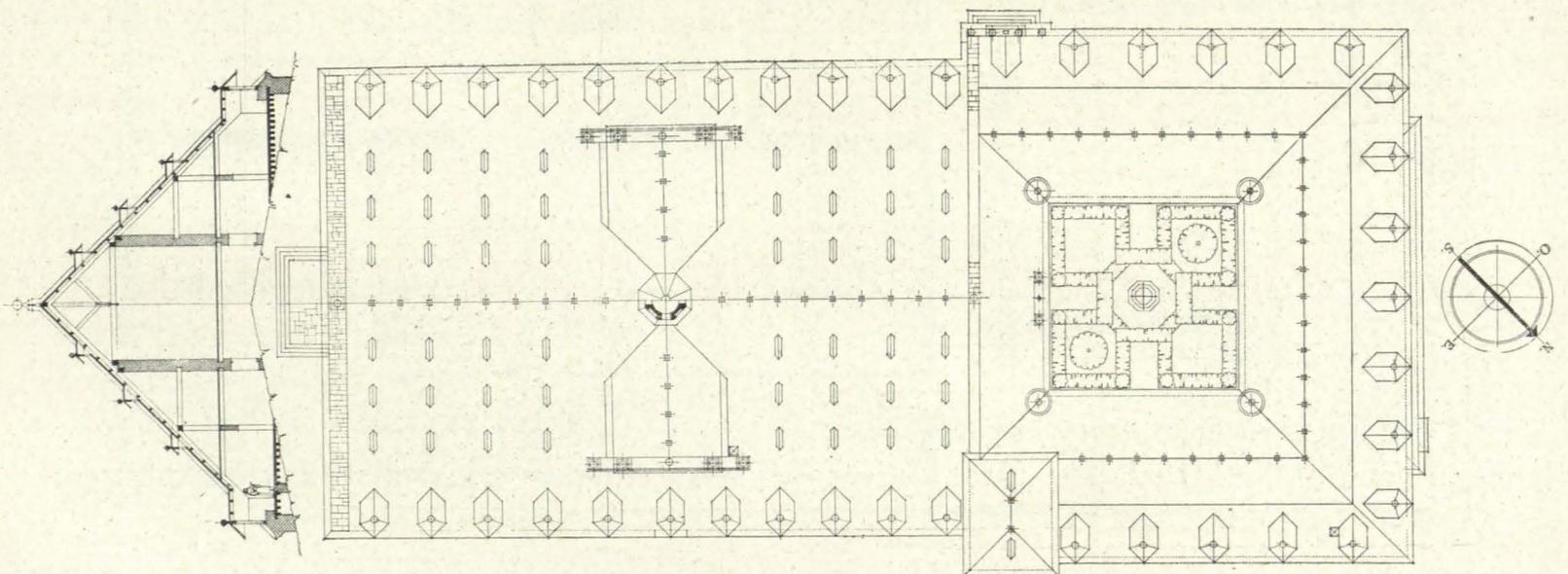
A las Batuecas dió fama la llegada de los Carmelitas Descalzos, que careciendo de casa de retiro o "desierto" en la provincia de Castilla la Vieja, escogieron en 1597 dicho punto y adelantaron tanto con la protección del duque de Alba a pesar de las dificultades suscitadas por los de la Alberca, que en 5 de junio de 1599 pudo celebrarse allí la primera misa. Nació al mismo tiempo la

voz, y prestábanle cierto apoyo la rudeza de los naturales, las maliciosas burlas de sus vecinos y la credulidad de los buenos padres, de que el valle y sus escasos pobladores habían estado cerrados hasta entonces a la comunicación y aun al conocimiento de las gentes, y que su descubrimiento se debía a un paje y a una doncella del duque, que huyendo a ocultar su amor en lo más áspero de las breñas, se encontraron con aquel angosto mundo escapado por tantos siglos a la ambición y a la codicia. En el origen de la silvestre raza y en la antigüedad de su aislamiento andaban discordes los pareceres; quién la creía goda deduciéndolo de algunas voces de su peregrino lenguaje y de varias cruces y vestigios de religión que conservaban; quién la hacía alorba, atribuyéndole abominables costumbres y supersticiones (2). El siglo XVII creyó semejante historia, el XVIII la refutó, en el nuestro tenemos bastante el consignarla a fuer de curiosa leyenda.

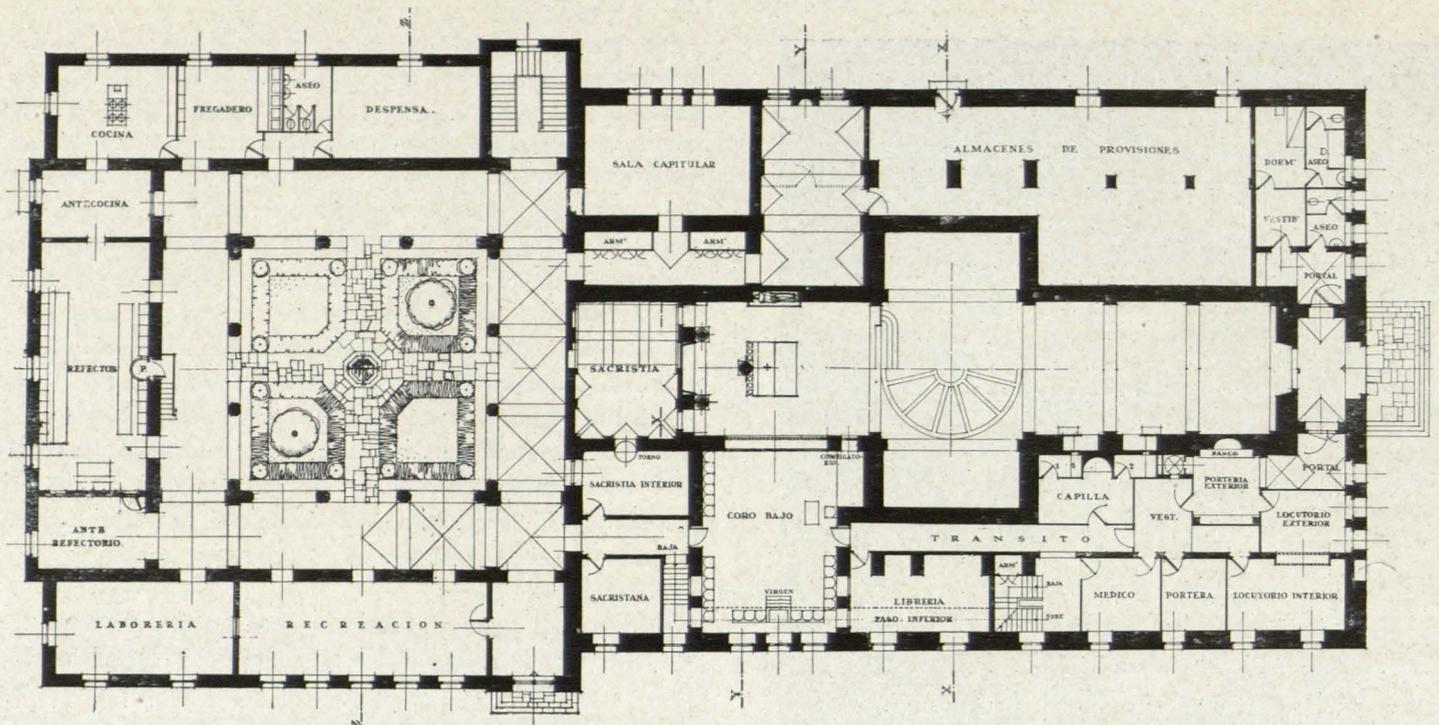
No faltaría alguna que, a ser más antiguo el convento, acompañase de maravillosas circunstancias su fundación, tanto sorprende verle aparecer sin señal de desmonte ni casi de huella humana en lo más escondido de la sierra, cual si hubiese brotado del mismo suelo. Sobre la entrada de la vasta cerca adviértese la efigie de su titular San José puesta allí en 1766, y más arriba una espadaña para la campana que tañían a su llegada los viajeros, aguardando debajo del profundo portal que se les franquease la clausura (3). Largas calles de árboles variados

(2) El P. Nieremberg, que escribía cuarenta años después del supuesto descubrimiento, lo da por indudable; Feijoó dedica uno de sus tratados a demostrar lo fabuloso del hecho, pero antes ya lo había verificado el bachiller Tomás González de Manuel publicando en 1693 su "verdadera relación" acerca de las Batuecas. La ficción tuvo harta boga en el extranjero, donde la condesa de Genlis la hizo objeto de una de sus novelas. ¡Notable coincidencia, sugerida probablemente por la aspereza de los lugares! En la Peña de Francia se supone guarecida una colonia cristiana en medio de la dominación sarracena en el contiguo valle una horda sarracena independiente y desconocida de los reconquistadores cristianos.

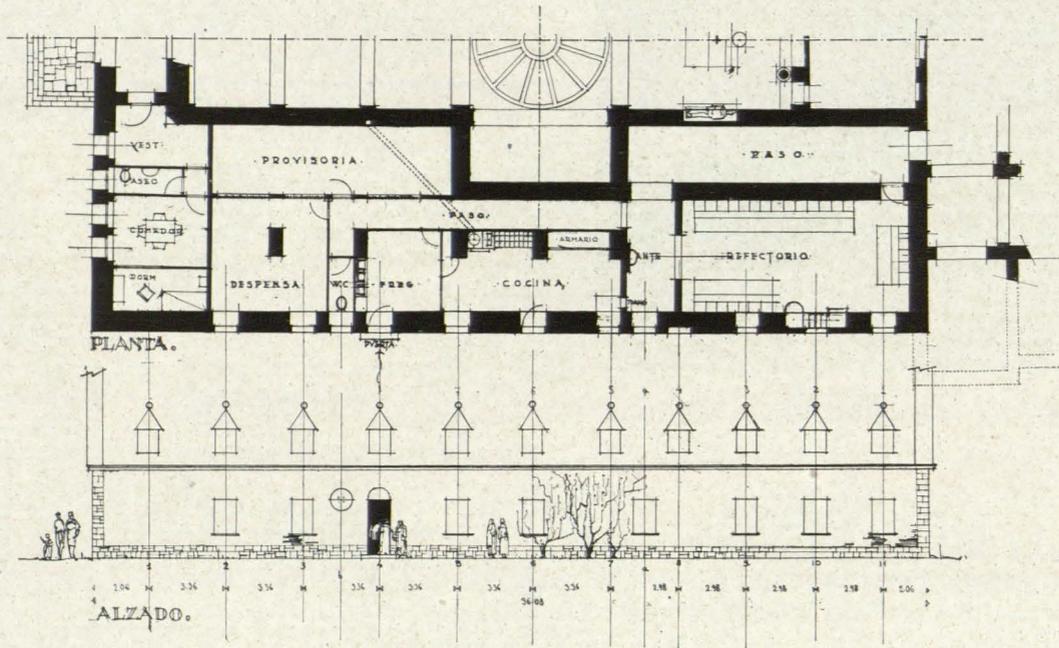
(3) Antes de construirse dicha obra, estaba la campana enjada en lo alto de un grande alcornoque acopado, según refiere Yepes, quien en el tomo V de su "Crónica de San Benito", impreso en 1615, nos dejó una minuciosa descripción del convento de Batuecas.



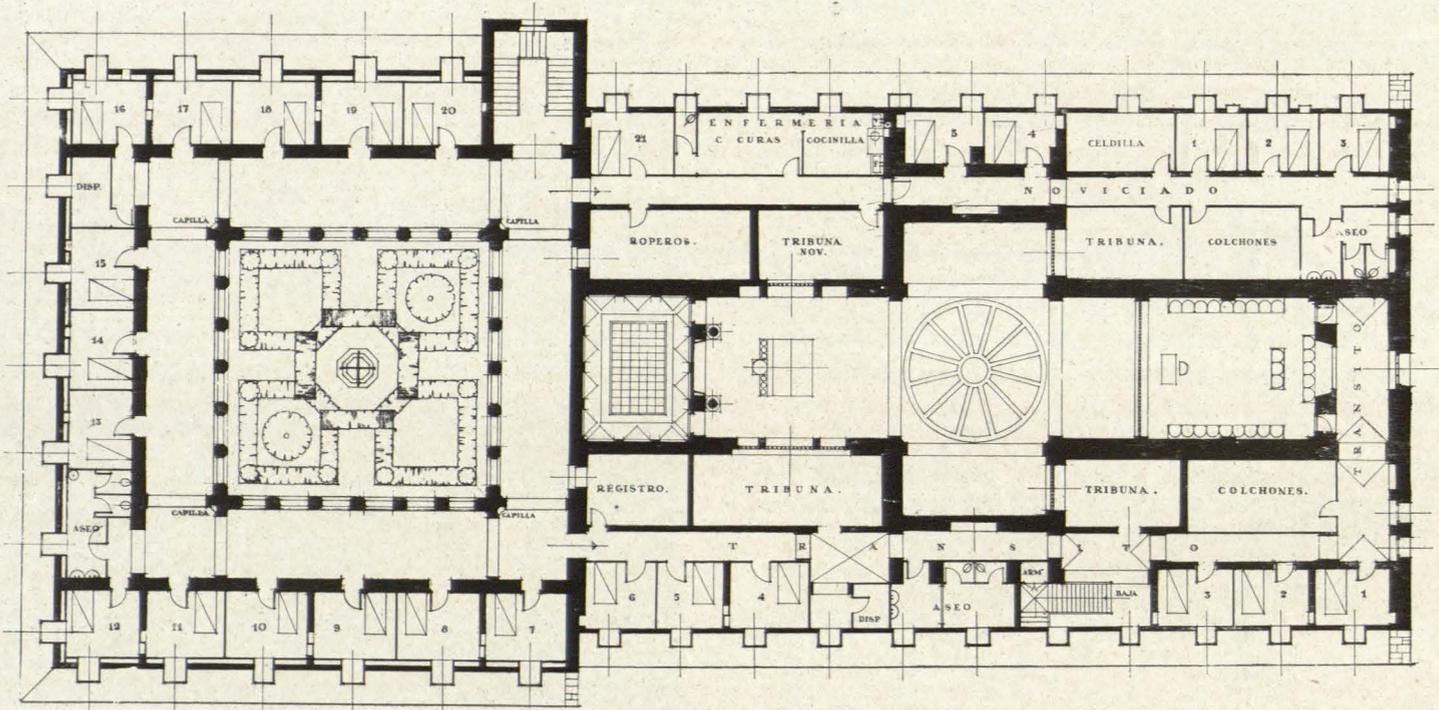
Planta de cubierías.



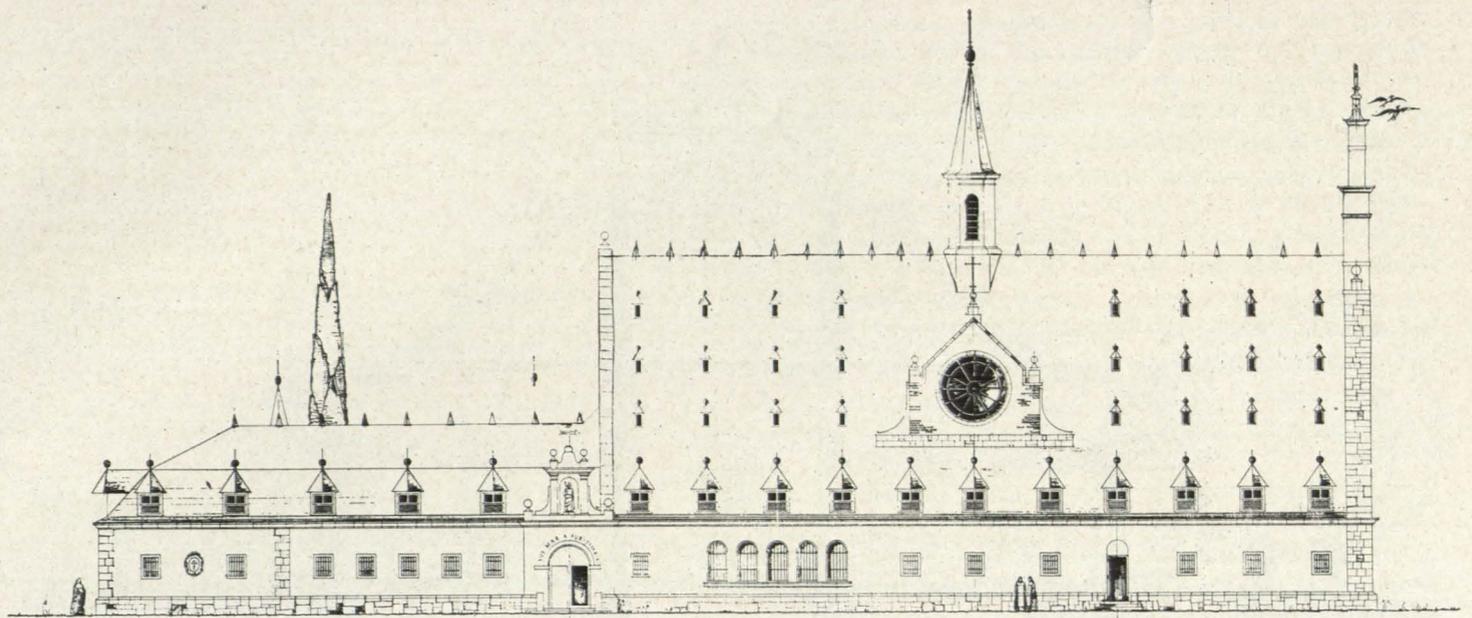
Planta baja.



Variante.



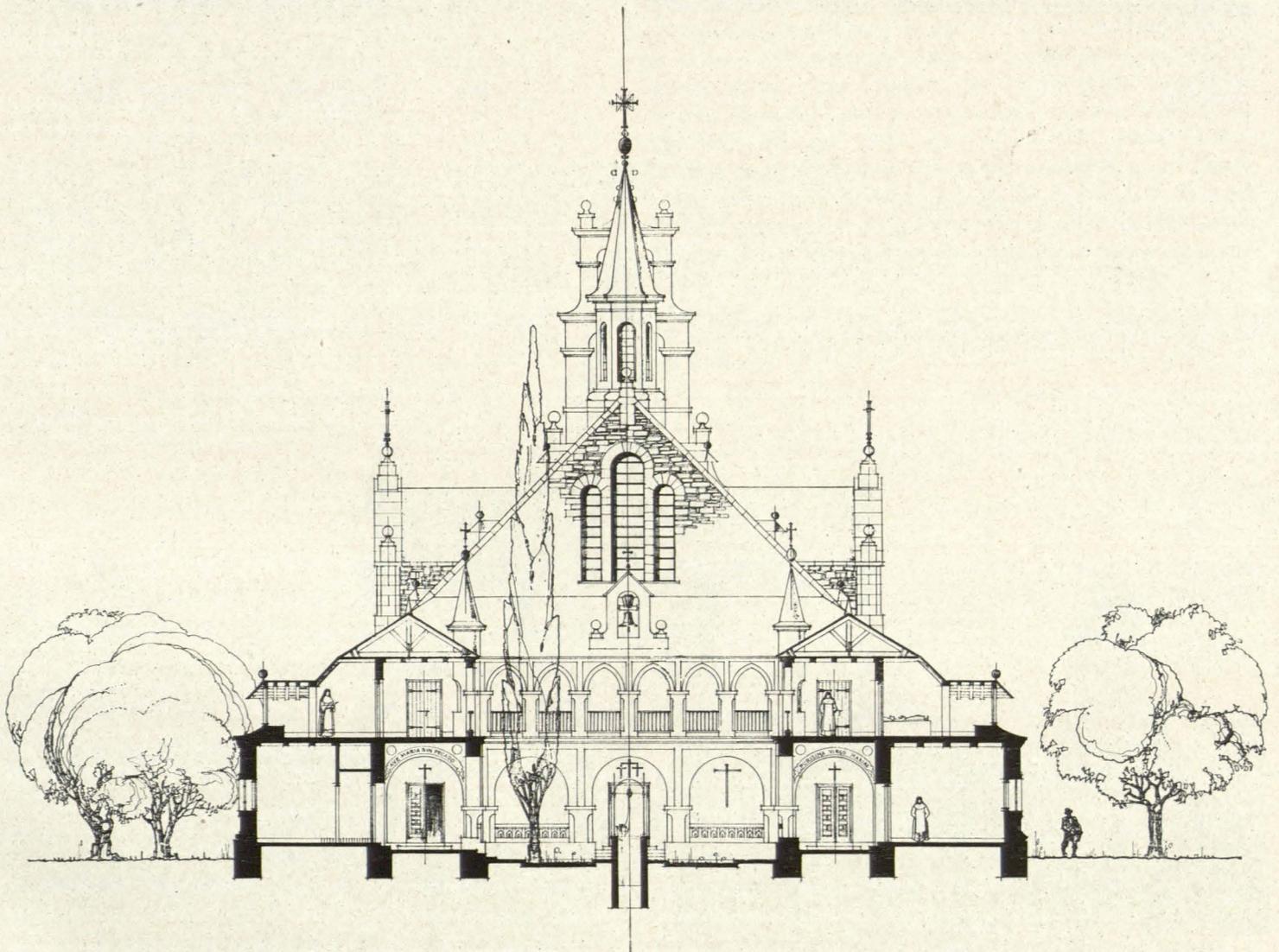
Planta primera.



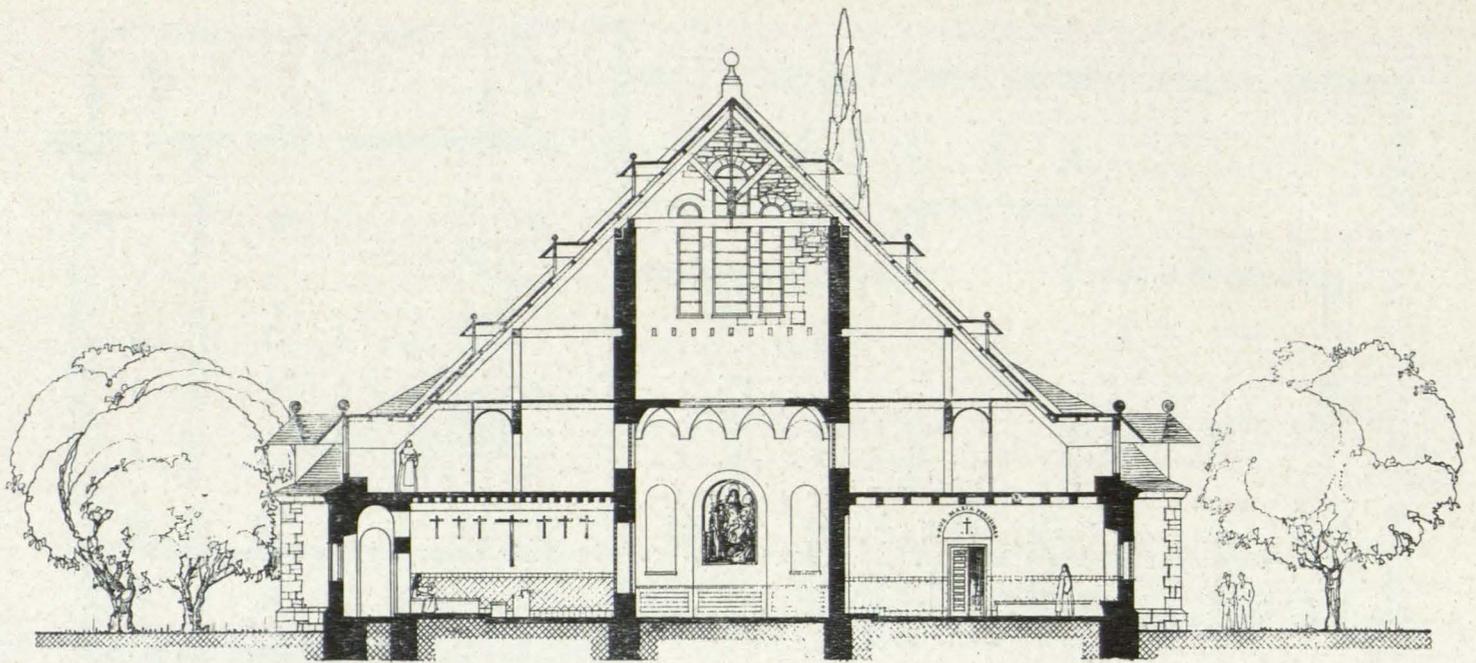
Alzado lateral.

y gigantescos, interpolados de tronco a tronco con lozanos arbustos y participando de la libertad del bosque y del artificio de la alameda, conducen al edificio o más bien al grupo de bajas y denegridas construcciones que lo forman; a un lado la hospedería brindaba con franco, aunque humilde albergue a los extraños, al otro la por-

tería por medio de oportunos textos y emblemas les preparaba a penetrar con recogimiento en el silencioso claustro. Todavía cuando lo visitamos embellecían su área vistosos cuadros de boj y mirto, y se cimbreaban altísimos cipreses, y saltaba el agua en un pilón rico y lujoso respecto de lo demás; todavía en los ángulos del soportal



Sección Y. Y.



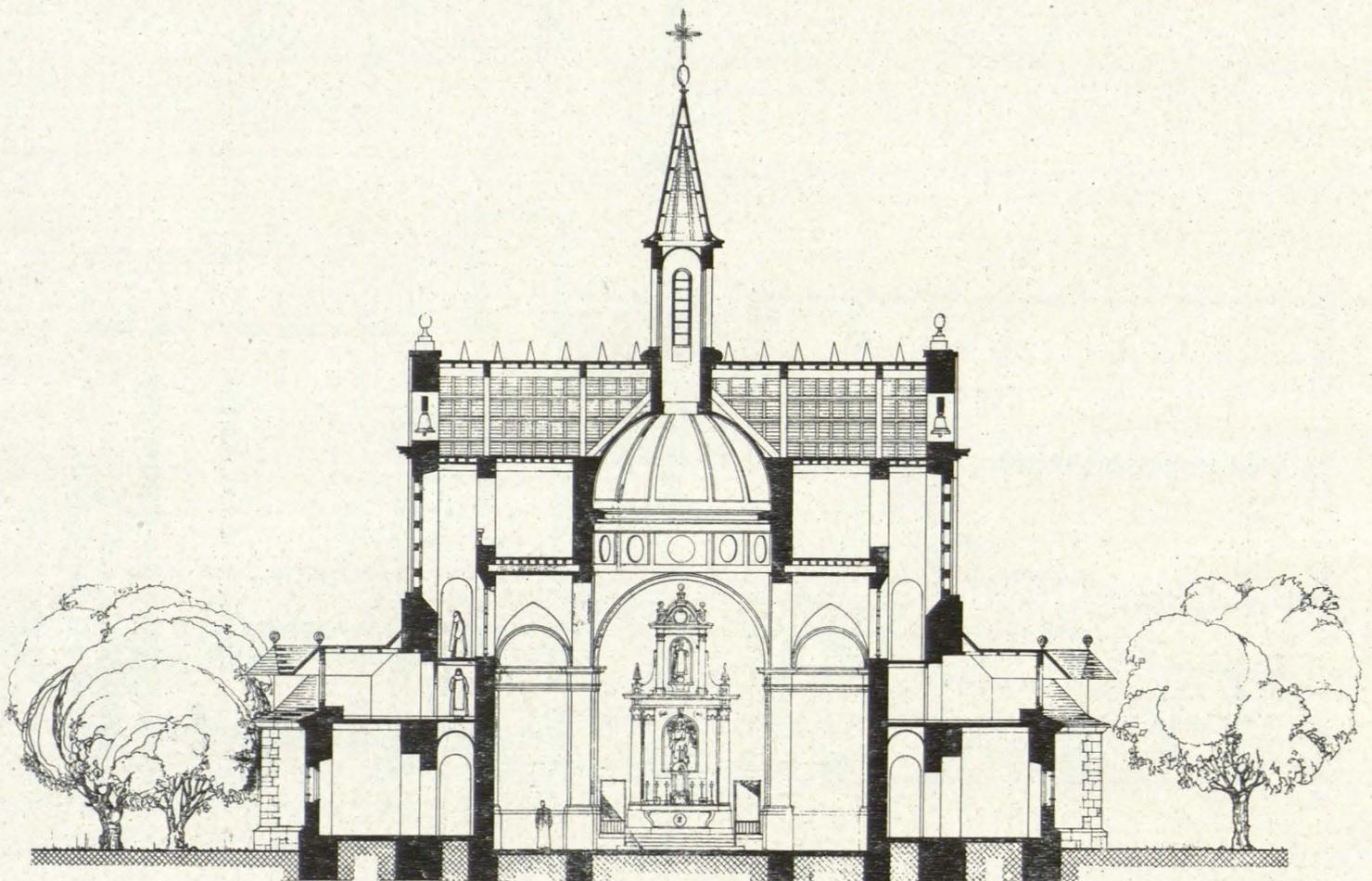
Sección por el claustro.

que lo rodea, y que da entrada a veinticuatro reducidas celdas, seis en cada una de sus alas, subsistian cuatro rústicas capillas, llamadas basilicas como por contraste de su pequeñez y dispuestas a modo de nacimientos, donde figuraban toscamente las estatuas de Elías, del Bautista, de San Pablo Ermitaño y de San Jerónimo y algunos pasajes de su vida, acompañadas a los lados por otras dos menores imágenes de héroes y heroínas del

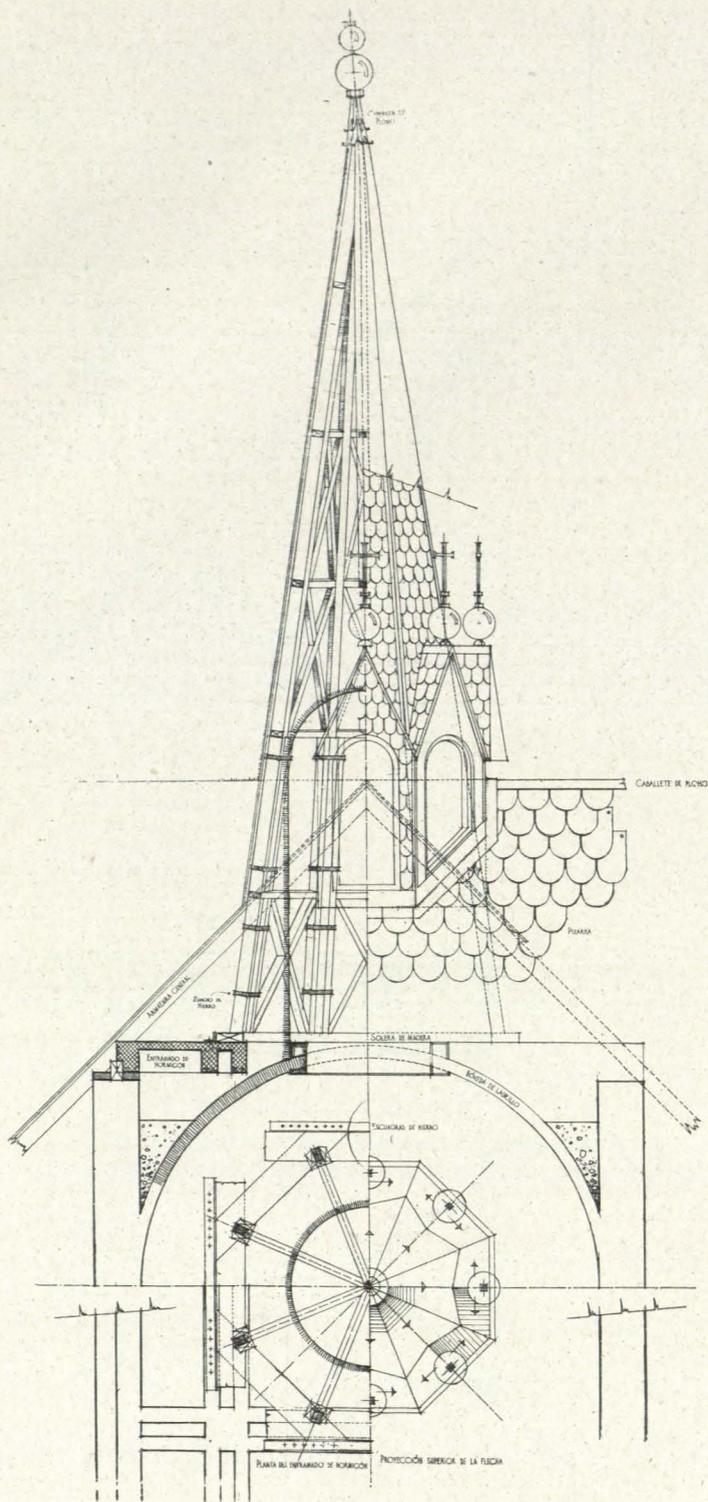
desierto (4). Dos quintillas, ingenuas y algo conceptuosas a veces, al lado de cada nicho interpretaban las altas lecciones derivadas del ejemplo de los santos.

En medio del claustro se levanta la iglesia, que por

(4) A uno y otro costado de San Elías están San Eliseo y Santa Eufrosina, a los de San Juan Bautista, San Franco y Santa Eufrosina, a los de San Pablo, San Onofre y Santa Magdalena, y a los de San Jerónimo, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.



Sección por la iglesia.

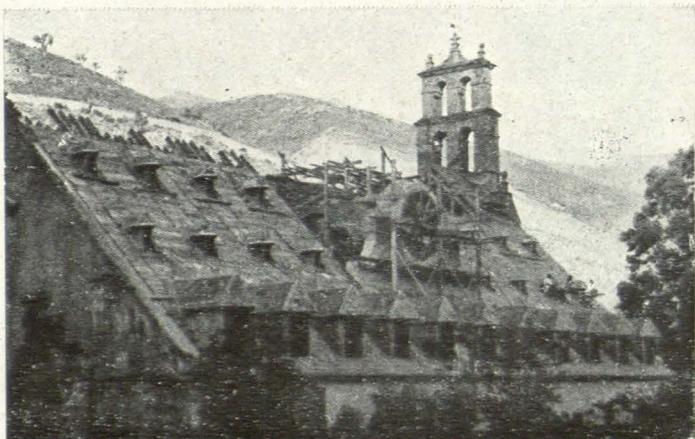


Detalle de la flecha.

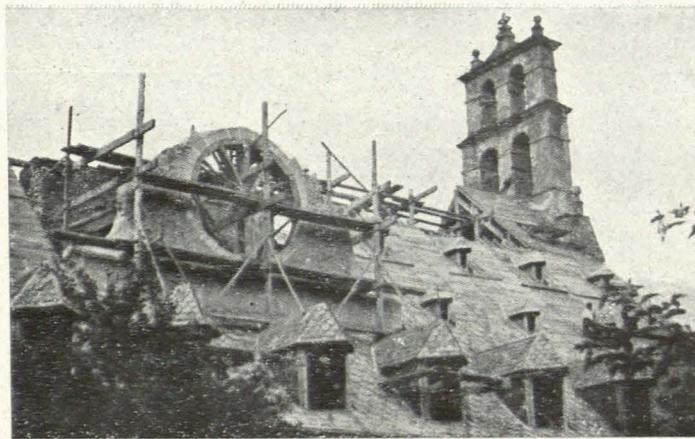
ámbitos cubiertos comunica con los pórticos expresados, reproduciendo en su fachada la imagen del esposo de María y una alta espadaña de dos cuerpos. Espaciosa, bien proporcionada, construída de piedra con su crucero y cúpula, nada sin embargo se desvía de la rigidez y pobreza del instituto, ni encierra más que sencillos altares, ruda sillería de coro y un relicario en la capilla frontera a la sacristía intitulada “de la reina”, a quien tenía un tiempo por patrona. El oratorio destinado a los obispos cuando allí se retiraban, el refectorio situado a espaldas del templo al extremo de una calle de árboles, las restantes oficinas del convento, ¿qué cosa notable pueden ofrecer al artista? Pero no obstante, bendiga Dios al comprador de las Batuecas, que treinta años atrás por una rara excepción entre los de su clase todo lo conservaba con esmero, y aun si mal no recordamos, tenía confiada su custodia a un lego de la Orden. Desde entonces no sabemos lo que ha sucedido, si habrán venido al suelo por falta de reparo aquellas endeble fábricas, si habrá sofocado los gérmenes del cultivo la selvática naturaleza, o si por el contrario la habrá despojado de su magnífica pompa una mezquina explotación. Podrá haber perecido para no volver a levantarse el humilde edificio, devorado según noticias por un incendio en septiembre de 1872; pero, si no se ha empeñado en su exterminio el hombre, de seguro la espontánea vegetación, sin necesidad de ayuda, habrá ya reparado a estas horas el estrago de las llamas (5).

Por austera que fuese la vida de comunidad, en ciertas épocas del año se trocaba el claustro en Tebaida y los religiosos en anacoretas, dispersándose en busca de mayor soledad y penitencia por las ermitas sembradas en derredor. No bajaba su número de dieciséis, y cada una llevaba el nombre de un santo y un sello particular por su situación o por su forma: unas encaramadas en la cima de un repecho como una aspiración de amor y de esperanza, otras hundidas en las quebradas o metidas en la espesura como la humildad y la compunción, sin descubrir más que una partícula de cielo; cuáles construídas en la hendidura de una peña, cuáles en el tronco de un árbol, señalándose entre éstas por su adusta sencillez y por el sublime lema “*Morituro satis*” la que practicada en el hueco de un alcornoque habitaba el padre

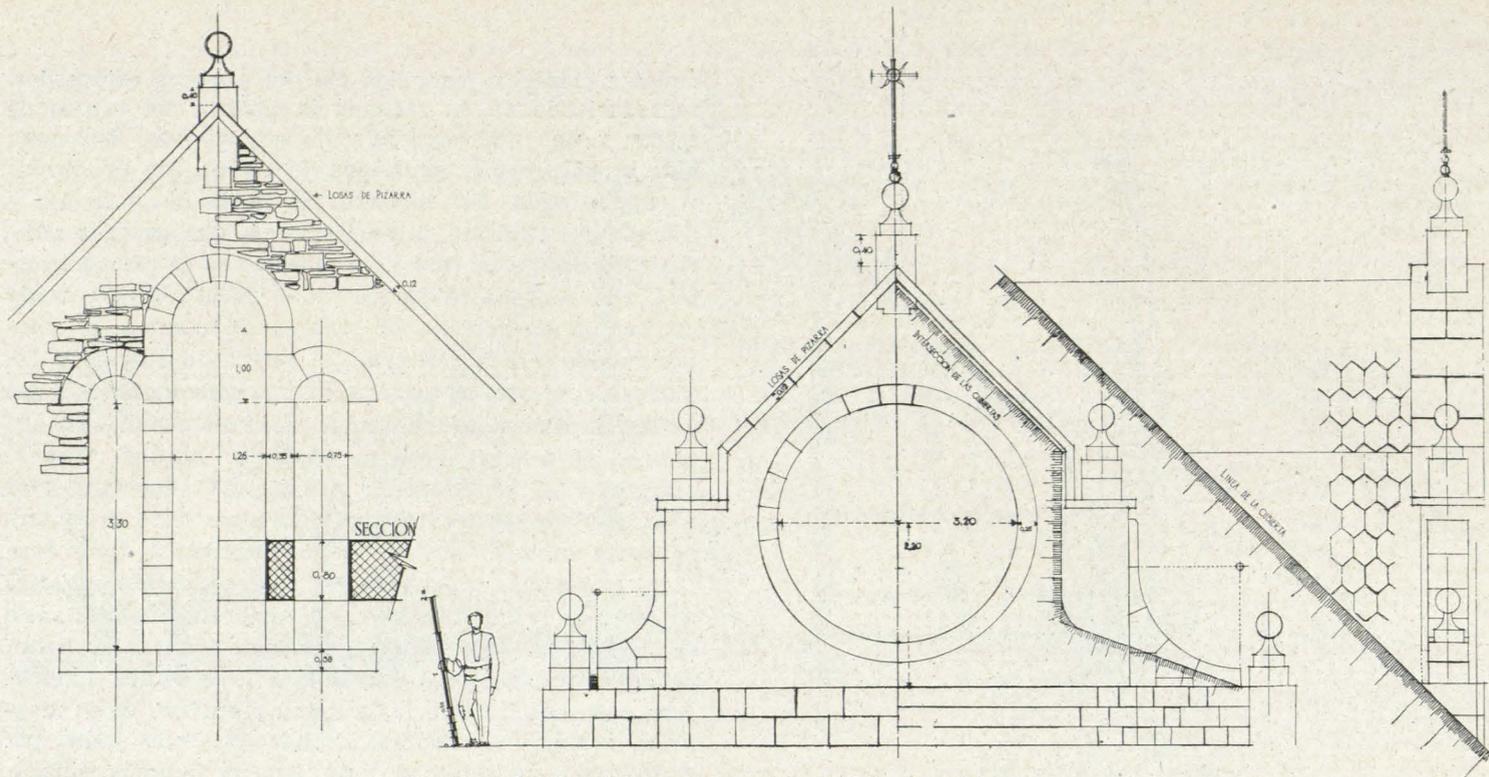
(5) Trátase de restablecer la iglesia que solicitan sus primitivos dueños.



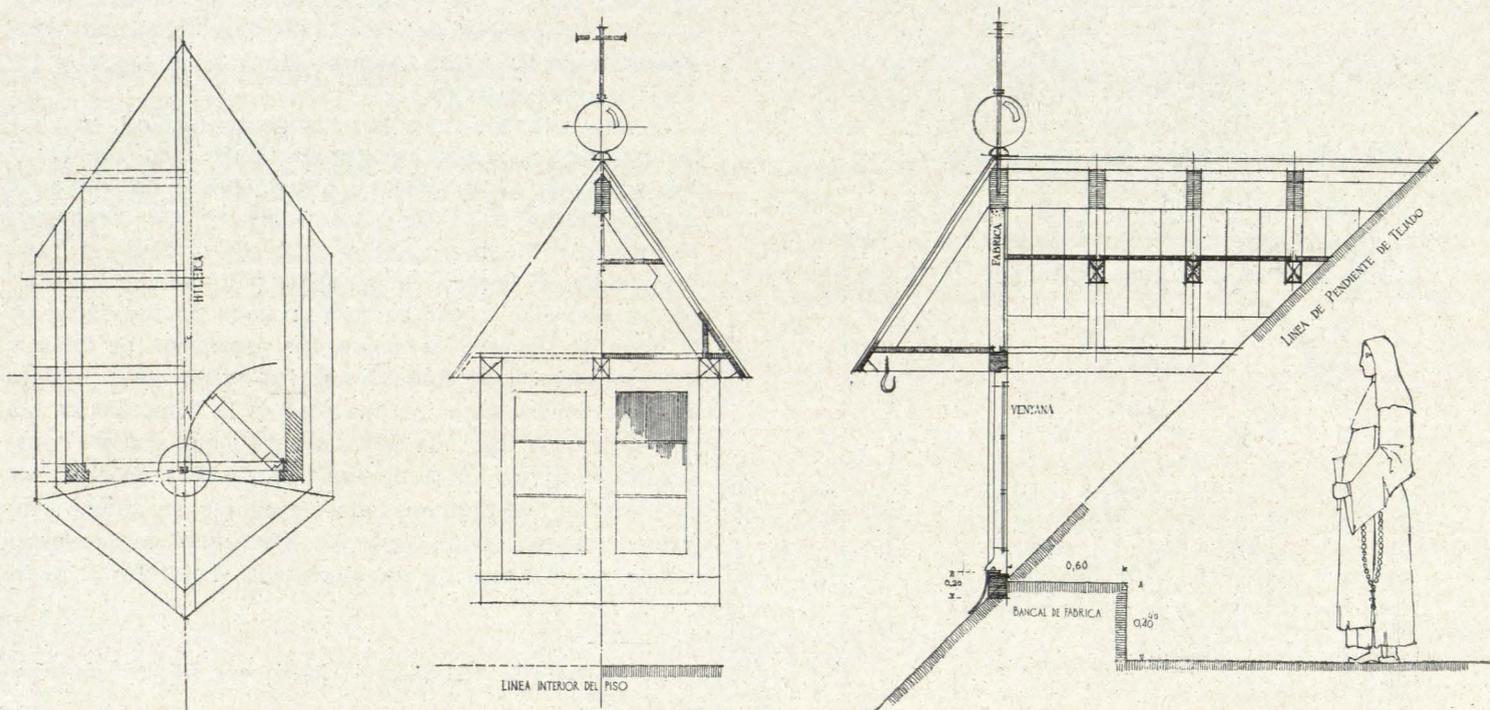
Costado del monasterio durante las obras.



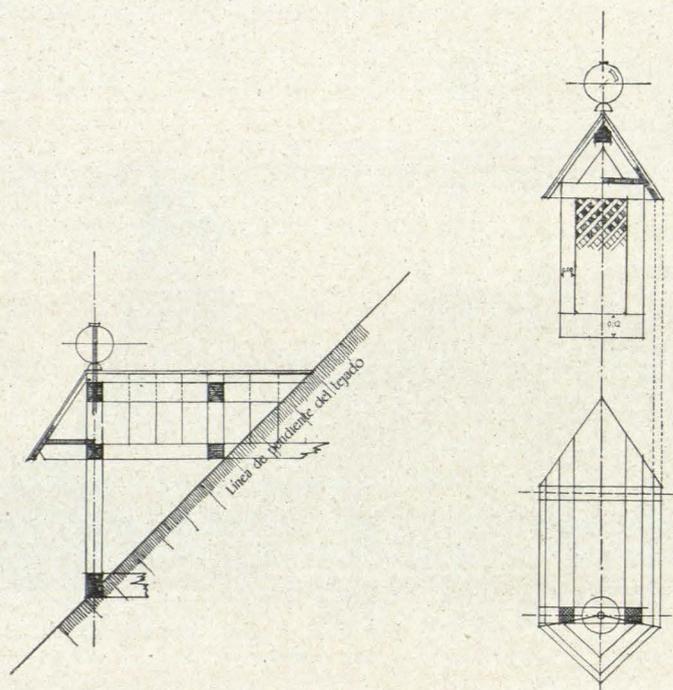
Detalle del óculo y barchillas del monasterio durante las obras.

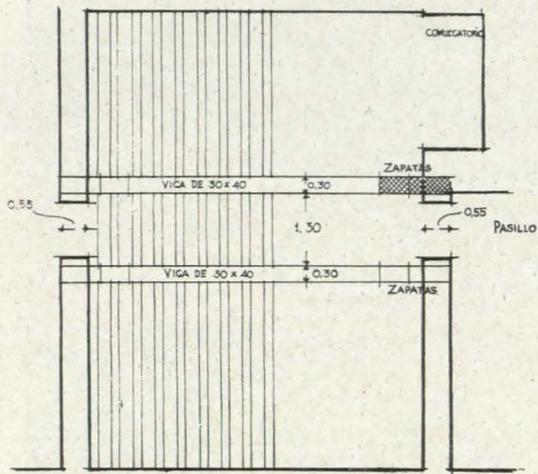
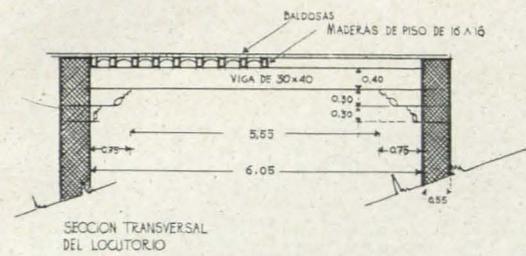


Detalles del hastial posterior y de los óculos del crucero.



Detalles de las bohardillas.

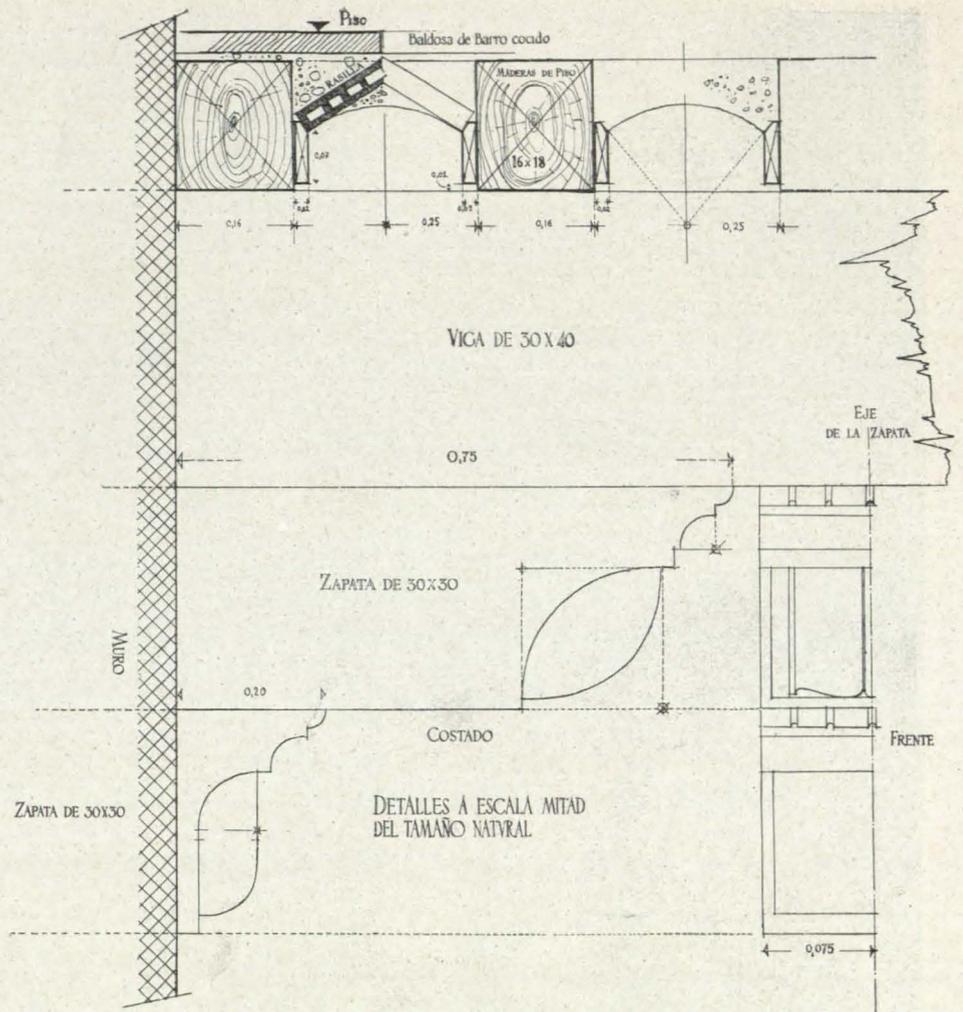




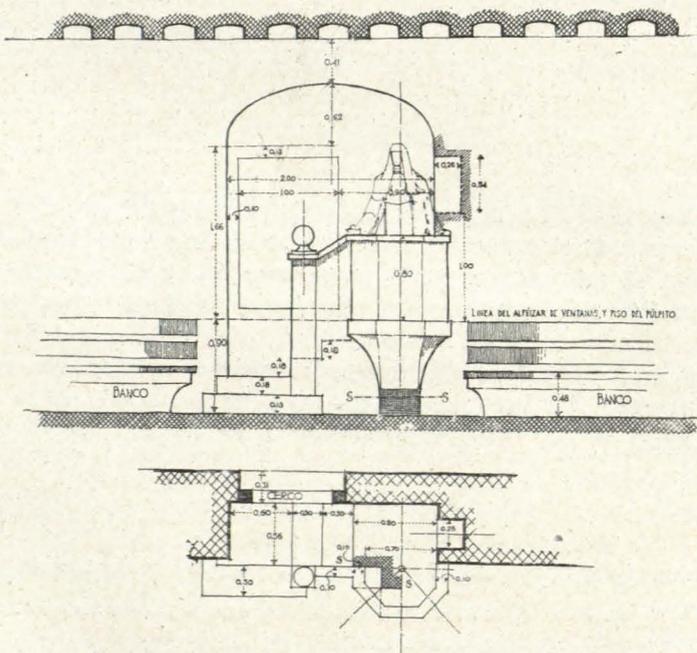
Detalles del artesanado del coro bajo.

Acevedo a principios de esta centuria (6). Todas sin embargo en su estrechez contenían el altar del santo sacri-

(6) A los veintidós años de edad, siendo capitán de guardias españolas, se encerró en el convento, y fué el único que permaneció en él durante la ocupación de los franceses, que no penetraron en aquella soledad.



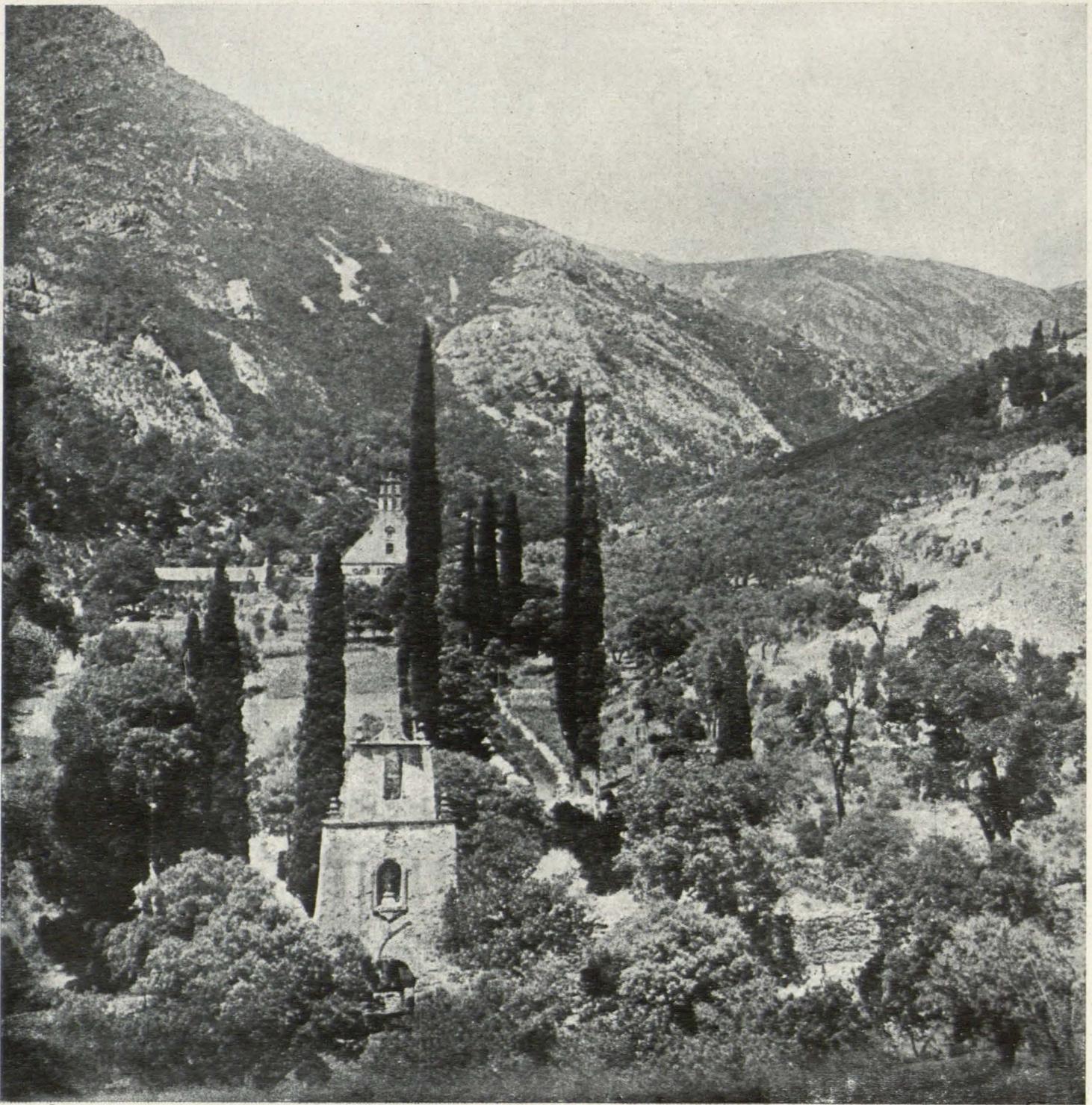
ficio, el lugar del trabajo y del reposo y el repuesto de frutas secas, única comida del solitario; sus cúpulas, hechas de troncos y los adornos tallados en sus portales les daban por fuera cierta rústica elegancia, y coronábanlas una cruz y una campana por medio de la cual se correspondían en el silencio de la noche excitándose mutuamente a oración. Crecían y susurraban en torno los



Detalles del púlpito y refectorio.



Fachada lateral durante las obras.



Monasterio y valle de las Batuecas.

esbeltos pinos, los corpulentos cedros, los fúnebres cipreses, los castaños, los alcornoques, combinando sus copas y su verdor tan diferentes, y dejando apenas llegar los rayos del sol a las modestas flores y olorosas plantas que alfombraban el suelo; corría junto a cada ermita una fuente o más bien un brazo del arroyo, que bajando de las peñas y cruzando la vega mansamente, después de imprimir movimiento a dos molinos, saltaba de la cerca

desplomado en espumosa catarata, cuyo rumor solemne constituía el fondo del melodioso concierto de los restantes. El arte más exquisito en la creación de sus admirables jardines no alcanza otra cosa que imitar las agrestes bellezas y encantos de aquel yermo, así como el mundo para hacer dulces y gratas las relaciones sociales con el barniz de la urbanidad y finura tiene que apelar al remedo de las virtudes sinceramente cristianas.